



# La Santa Sede

---

## **DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LA ESCUELA CATÓLICA ITALIANA**

*Sábado, 30 de octubre de 1999*

1. *"No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mt 4, 4).*

Con esta fuerte frase que el Señor Jesús toma del Deuteronomio (*Dt 8, 3*), me complace dirigirme a vosotros, amadísimos amigos de la escuela católica italiana, que habéis venido hoy a la plaza de San Pedro para concluir, junto con el Papa, vuestra gran asamblea nacional. Este encuentro tiene lugar ocho años después del inolvidable congreso en el que también nos reunimos en esta plaza, el 23 de noviembre de 1991. La verdad que viene de Dios es el principal alimento que nos hace crecer como personas, estimula nuestra inteligencia y fortalece nuestra libertad. De esta convicción nace la pasión por la educación que ha acompañado a la Iglesia a lo largo de los siglos y que está en la base del florecimiento de las escuelas católicas.

Saludo al cardenal presidente y a los demás excelentísimos miembros de la Conferencia episcopal italiana, a la que expreso mi gratitud por haber organizado esta asamblea. Saludo al cardenal prefecto de la Congregación para la educación católica y a todos los obispos aquí presentes. Saludo a los superiores de las congregaciones religiosas masculinas y femeninas que trabajan en la escuela católica. Saludo a las autoridades civiles, a los exponentes políticos, a los representantes de las fuerzas sociales y a los hombres de cultura. Agradezco su presencia al vicepresidente del Gobierno y al ministro de Educación.

Saludo con especial cordialidad a las escuelas de Madrid, Sarajevo y Palestina, que están en conexión con nosotros mediante satélite. A cada uno de vosotros, profesores, alumnos y padres, y a todos los amigos y bienhechores de la escuela católica, os expreso mi afecto, mi estima y mi más viva solidaridad por la obra a la que os dedicáis. La escuela católica debe hallar nueva confianza y nuevo impulso en esta asamblea.

2. El tema de vuestro encuentro, «Hacia un proyecto de escuela en el umbral del siglo XXI», indica claramente que sabéis mirar adelante y caminar con una perspectiva que no sólo es específica de la escuela católica, sino que también responde a los interrogantes que hoy se plantean todas las instituciones escolares. Podéis hacerlo con pleno derecho, porque la experiencia de las escuelas católicas encierra un gran patrimonio de cultura, de sabiduría pedagógica, de atención a la persona del niño, del adolescente y del joven, de apoyo recíproco con las familias, y de capacidad de captar anticipadamente, con la intuición que procede del amor, las necesidades y los problemas nuevos que surgen al cambiar los tiempos. Este patrimonio os permite estar en las mejores condiciones para encontrar las respuestas eficaces a la demanda educativa de las generaciones jóvenes, hijas de una sociedad compleja, sometida a múltiples tensiones y marcada por continuos cambios: poco capacitada, por tanto, para ofrecer a sus muchachos y a sus jóvenes puntos de referencia claros y seguros.

En la Europa unida que se va construyendo, donde las tradiciones culturales de cada nación están destinadas a confrontarse, integrarse y fecundarse recíprocamente, es más amplio aún el espacio para la escuela católica que, por su misma naturaleza, está abierta a la universalidad y se funda en un proyecto educativo que muestra las raíces comunes de la civilización europea. También por esta razón es importante que la escuela católica en Italia no se debilite, sino que más bien encuentre nuevo vigor y energía. En efecto, sería muy extraño que su voz se hiciera demasiado débil precisamente en la nación que, por su tradición religiosa, su cultura y su historia, tiene una misión especial que cumplir con vistas a la presencia cristiana en el continente europeo (cf. *Carta a los obispos italianos*, 6 de enero de 1994, n. 4).

3. Sin embargo, queridos amigos de la escuela católica italiana, por experiencia directa sabéis cuán difíciles y precarias son las circunstancias en que trabaja la mayor parte de vosotros. Pienso en la disminución de las vocaciones en las congregaciones religiosas que surgieron con el carisma específico de la enseñanza; pienso en la dificultad que tienen muchas familias de hacerse cargo del peso añadido que deriva, en Italia, de la elección de una escuela no estatal; y pienso con profunda tristeza en los institutos prestigiosos y beneméritos que, año tras año, se ven obligados a cerrar.

La principal cuestión que hay que afrontar, para salir de una situación que se está volviendo cada vez más insostenible, es sin duda la del pleno reconocimiento de la igualdad jurídica y económica entre escuelas estatales y no estatales, superando antiguas resistencias ajenas a los valores de fondo de la tradición cultural europea. Por desgracia, los pasos que se han dado recientemente en esta dirección, aunque sean apreciables en algunos aspectos, siguen siendo insuficientes.

Por tanto, me uno de corazón a vuestra petición de ir más allá con valentía, siguiendo una lógica nueva, en la que no sólo la escuela católica, sino también las diversas iniciativas escolares que puedan nacer de la sociedad, se consideren un recurso valioso para la formación de las nuevas generaciones, con tal de que tengan los requisitos indispensables de seriedad y finalidad

educativa. Éste es un paso obligado, si queremos realizar un proceso de reforma que haga de verdad más moderna y adecuada la organización global de la escuela italiana.

4. A la vez que pedimos con fuerza a los responsables políticos e institucionales que se respete concretamente el derecho de las familias y de los jóvenes a la plena libertad de elección educativa, debemos analizar con igual sinceridad y valentía nuestra propia situación para identificar y realizar oportunamente los esfuerzos y la colaboración que puedan mejorar la calidad de la escuela católica y evitar que se reduzcan ulteriormente sus espacios de presencia en el país.

Desde este punto de vista, son fundamentales la solidaridad y la simpatía de toda la comunidad eclesial: las diócesis, las parroquias, los institutos religiosos, las asociaciones y los movimientos laicales. En efecto, la escuela católica participa plenamente en la misión de la Iglesia, así como en el servicio a todo el país. Por tanto, no deben existir sectores aislados o recíprocamente indiferentes, como si una cosa fueran la vida y la actividad eclesial, y otra la escuela católica y sus problemas. Por eso, me alegra mucho que la Iglesia italiana se haya dotado, durante estos años, de organismos como el Consejo nacional de la escuela católica y el Centro de estudios para la escuela católica: esos organismos manifiestan tanto la solicitud de la Iglesia por la escuela católica como la unidad de la escuela católica y su compromiso de reflexión proyectiva.

En concreto, es muy importante la realización de formas eficaces de colaboración entre las diócesis, los institutos religiosos y los organismos laicales católicos que trabajan en el campo de la escuela. En muchos casos es útil, o necesario, poner en común iniciativas, experiencias y recursos, para una colaboración organizada y con visión de futuro, que evite superposiciones e inútiles competencias entre los institutos y que, por el contrario, procure no sólo asegurar la permanencia de la escuela católica en los lugares donde está tradicionalmente presente, sino también facilitar nuevos asentamientos, tanto en las zonas de mayor pobreza como en los sectores neurálgicos para el desarrollo del país.

5. La capacidad educativa de cada institución escolar depende en gran parte de la calidad de las personas que la componen y, en particular, de la competencia y dedicación de sus profesores. Ciertamente, esta regla se aplica también a la escuela católica, que se caracteriza principalmente como comunidad educativa.

Por eso, me dirijo con afecto, gratitud y confianza ante todo a vosotros, profesores de la escuela católica, religiosos y laicos, que a menudo trabajáis en condiciones difíciles y, desde luego, con escasa retribución económica. Os pido que pongáis siempre el máximo empeño en vuestro trabajo, sostenidos por la certeza de que gracias a él participáis de modo especial en la misión que Cristo confió a sus discípulos.

Con el mismo afecto me dirijo a vosotros, alumnos, y a vuestras familias, para deciros que la

escuela católica os pertenece, es para vosotros, es vuestra casa y, por tanto, no os habéis equivocado al elegirla, al amarla y al sostenerla.

Queridos amigos que estáis presentes en esta plaza y todos vosotros que compartís los mismos propósitos, concluyamos esta asamblea nacional con una humilde oración al Señor y con un fuerte compromiso recíproco, para que la escuela católica corresponda cada vez mejor a su vocación y para que se le reconozca el lugar que le pertenece en la vida civil de Italia.

La santísima Virgen María, Sede de la sabiduría y Estrella de la evangelización, y todos los santos y santas que han marcado el camino de la educación cristiana y de la escuela católica, guíen y sostengan vuestra obra.